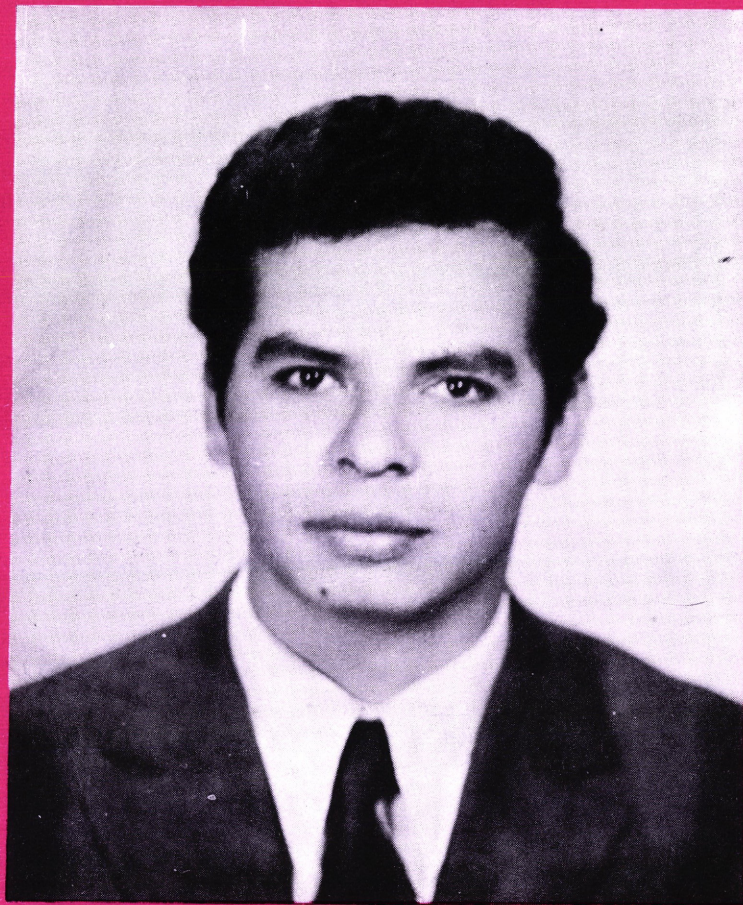
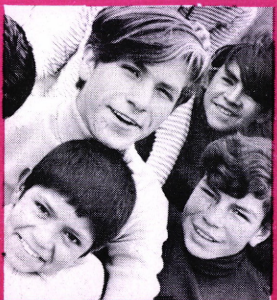
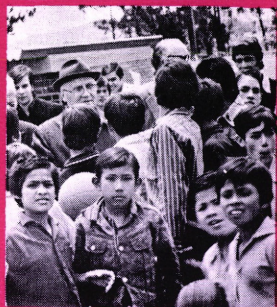




**INSPECTORIA SALESIANA
DE BOGOTA – COLOMBIA**



**Padre ALFREDO
GOMEZ ENCISO**

SALESIANO DE DON BOSCO

1941

1981

Queridos Hermanos:

El 7 de Abril de 1981, hacia las cuatro de la tarde, moría trágicamente en Acandí (Chocó) el R.P. Alfredo Gómez Enciso, salesiano de Don Bosco, que trabajaba en la obra de Bosconia dedicada a los niños y juventud pobre de Bogotá, conocidos con el nombre de "gamines". Acandí es una pequeña población, situada a orillas del Océano Atlántico cerca de los límites con Panamá. Acandí es un pueblo del litoral Atlántico a donde acuden los colonos de las zonas para asuntos civiles y comerciales. No lejos del mismo está una extensión de unas 400 hectáreas, trabajadas anteriormente por un alemán, que luchó contra todas las dificultades de la selva enmarañada, las serpientes, los mosquitos y los musgos de aquella maravillosa región. El colonizador murió sin herederos y la finca pasó a ser propiedad del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar. Conocida la obra del Salesiano Padre Javier de Nicoló, ese Instituto se la ofreció como un pulmón de Bogotá para los "gamines". El P. Alfredo conoció aquel lugar y quedó fascinado del mismo. La primera vez que lo visitó se paseaba extasiado en la playa, contemplaba las palmeras, la selva secular, la montaña erguida. El P. Alfredo tenía un alma sencilla y pura, era un poeta: los mosquitos, el paludismo, la humedad y las furias del mar no lo amedrantaban. Ese lugar, decía él, ha sido creado por el Señor para recreación y para regeneración de los niños pobres de Colombia. El P. Alfredo imaginaba en Acandí una gran colonia con cultivos, con prados, con dormitorios, con gimnasio y escuela para los muchachos; sería el paraíso de los "gamines".

El primer experimento se hizo con 200 niños "gamines" de Bogotá; y el P. Alfredo se puso al frente de aquella expedición. Ya tenía la experiencia de varios años con los muchachos, sabía tratarlos, amarlos, convencerlos, ganarlos para su causa, sabía guiarlos, entusiasmarlos; conocía su psicología, sus aspiraciones y sus puntos débiles. . . El viaje era muy largo, un día para llegar desde Bogotá a Medellín con aquel cargamento humano, tan inquieto, tan acostumbrado a la plena libertad, sin disciplina alguna, luego otro día para ir desde Medellín a Turbo por una vía en muy regular estado, entre el calor del Golfo de Urabá y la polvareda de la larga carretera. Llegados a Turbo, había que pensar en las lanchas que en una travesía de 8 horas abordarían en Acandí, atravesando las bocas del caudaloso Atrato costearo así el agitado Océano. . . Era realmente una aventura de titanes, de aventureros del mar y de los ríos. El P. Alfredo les decía a los muchachos: "Acandí queda entre el mar y las montañas, en el corazón de las selvas, en el lugar más maravilloso de la tierra". La mente y el corazón de los muchachos imaginaban todas las cosas grandes a medida que las lanchas se acercaban al punto final del largo viaje. . . Llegaron a una playa arenosa: allí estaba la finca, una choza para el cuidandero, una barraca grande que servía de dormitorio, una playa inmensa, nubes de mosquitos, loros que chillaban entre los árboles; más allá, el mar, enormes tortugas que descansan se-

renamente como dueñas del tiempo y dueñas del mar. . . Y comenzó la faena de la adaptación, los baños en el mar y en los dos ríos, los paseos, las caminatas, el trabajo, la oración, la disciplina. . . era toda una aventura humana y divina; se sembraba el evangelio, se sembraba ya desde ahora la vida de Alfredo en los rincones hermosos y lejanos de la patria Colombiana. . . Tenía apenas 39 años aquel sacerdote salesiano que capitaneaba la tropa de muchachos ansiosos de vida, de aire, de agua pura y corriente, como la sangre que bullía en sus venas juveniles.

Durante dos meses fué cumpliendo el proceso formativo de transformar a aquellos muchachos. Ahora se levantaban según un horario, hacían el aseo, hacían gimnasia, comían con todas las reglas de educación. Las peleas que al principio eran pan cotidiano, ahora eran esporádicas. Por la noche se reunían a orar, porque aquellos niños debían aprender poco a poco que tenían un Padre común, que los amaba tiernamente, que se preocupaba por ellos y a quien ellos podían amar; cantaban a la Virgen Auxiliadora, porque Ella era la madre de todos. Don Bosco era para ellos un Maestro, un Amigo y un Guía.

El día 7 de abril el P. Alfredo se levantó muy temprano, habló del Evangelio del Reino que comienza como una pequeña semilla y va creciendo y creciendo hasta que llega a los confines de la tierra. . . El Reino crece más fácilmente en el corazón de los niños, de los sencillos; allá en Acandí podía crecer rápida y vigorosamente. Vino luego el desayuno que la Hermana Rosita, de la Presentación, había preparado como todos los días con cariño de madre para toda esa colonia de Dios y de Don Bosco. Durante el desayuno se habló un poco de todo, del horario de trabajo, del sol, del agua, de la luz y de la necesidad de ir al vecino poblado a hacer "el mercado para los muchachos".

Salió el P. Alfredo, acompañado por uno de los educadores y tres muchachos grandes, de brazos fuertes para el bulteo y la conducción de la barca. El cielo estaba completamente despejado, el sol muy picante; hicieron el mercado. Todo lo mejor para los muchachos, en cuanto era posible, pues a ellos hay que servirlos bien y con lo mejor, ya que nosotros somos sólo los administradores de los bienes de Dios para ellos.

Por la tarde a eso de las cuatro volvieron a la travesía. El mar estaba muy agitado, el oleaje era muy fuerte. . . La barca se deslizaba para alcanzar la otra orilla. De repente una descomunal ola irrumpió contra la barca cargada de víveres y manejada por los cuatro jóvenes tripulantes. Los jóvenes saltaron hacia la playa de arena que había formado allí un banco. El P. Alfredo mantenía la barca, quería salvar la comida de sus muchachos, le interesaban ellos, su vida era para ellos. Nuevamente una más embravecida ola golpeó la barca y la descargó sobre la frente de Alfredo. Todos querían lanzarse al mar en busca del Amigo, del Padre. Todos gritaban y lloraban porque no veían más a Alfredo. . . El mar se había adueñado de él.

La barca quedó anclada en el banco de arena; estaba medio volteada; estaba salvo todo el mercado impregnado de agua marina. La hermana Rosita, los muchachos,

los educadores, todos elevaban plegarias y súplicas al cielo, a la Auxiliadora y a Don Bosco; querían el milagro de ver vivo a Alfredo, de verlo fuera del mar. . . Poco a poco el sol se hundía en la montaña y teñía de rojo los límites del océano. El crepón de la noche cubrió definitivamente el mar y arrojó la montaña del Darién. . . Fué una noche supremamente larga, llena de oraciones, de sollozos, de esperanzas, de angustias indecibles, de lágrimas y de plegarias que imploraban el regreso de Alfredo. . . Qué haremos sin el P. Alfredo. . . “él era mi padre”, gritaba uno; “él era mi amigo”, lloraba otro; “a mí me sacó de la calle”, “a mí me iba a ayudar a estudiar”; “a mí me había dicho que me enseñaría a ser doctor”. . . Todos los recuerdos comenzaban a formar parte de la historia, por demás sagrada, que se estaba viviendo. . . Poco a poco las primeras gotas de luz fueron iluminando el horizonte y plateaban nuevamente el mar, ese mar que devolvió el cuerpo de Alfredo a la playa. . . La hermana Rosita, los muchachos, los educadores, la gente del lugar, todos se lanzaron para tirarlo a parte seca. El amigo, el apóstol, el salesiano sacerdote que había dado la vida buscando el alimento de los suyos, nuevamente estaba entre los muchachos. . . El cuerpo de Alfredo estaba envuelto en el misterio de la muerte, pertenecía ahora a la eternidad, entraba en la etapa definitiva de la resurrección, pero de todos modos estaba entre los suyos. . .

El P. Javier supo la noticia. Qué sucedió en su corazón de amigo, de íntimo de Alfredo, de misionero explorador como su querido colega!. Comunicar a los familiares, a los salesianos, a todos los amigos —eran tantísimos los amigos de Alfredo— Cuánto ánimo, cuánta esperanza se requiere en esos momentos tan difíciles, tan sin razón para la lógica humana. El misterio de la muerte no tiene respuesta sino en la esperanza de la resurrección, en el triunfo de Cristo.

El hijo maravilloso, el hermano incomparable, el salesiano de la alegría juvenil bosconiana, el sacerdote lleno de entusiasmo apostólico, llegaba dos días después al aeropuerto internacional de Bogotá. Allí fué recibido por el P. Luis Carlos Riveros, Vicario Provincial, pues un servidor estaba fuera del país, en Buenos Aires, en la Reunión de Inspectores con el Rvmo. Rector Mayor. Del aeropuerto fue trasladado el cuerpo del P. Alfredo al Santuario Nacional del Carmen, Iglesia Salesiana, donde se procedió a la celebración solemne de la Eucaristía. Allí se dieron cita con los queridos papacitos y hermanas de Alfredo, casi todos los salesianos de Bogotá y muchos más de otras partes de la inspección, varios de la inspección de Medellín, muchísimas Salesianas e Hijas de los Sagrados Corazones, Cooperadores, alumnos, ex-alumnos y muchos religiosos y religiosas de otras comunidades. Los niños y jóvenes del programa de Bosconia se aglomeraron para rendir el tributo de gratitud a quien fué todo para ellos. El P. Vicario y cuatro sacerdotes más que habían trabajado con Alfredo en la obra de los “gamines” tomaron la palabra a la hora de la homilía y despidieron al amigo, al sacerdote, al apóstol juvenil, e imploraron la gracia de la fortaleza cristiana y el aumento de vocaciones como la de Alfredo, para la Inspección y para el compromiso evangelizador con los pobres.

El P. Alfredo había nacido el 14 de octubre del año 1941, cien años después de haber dado Don Bosco comienzo a su congregación con el rezo del Avemaría y la cla-

se de catecismo al joven Bartolomé Garelli. En el hogar, Alfredo fué el primogénito, después tres hermanitas más alegraron la casa de los Gómez Enciso. Alfredo era el rey del hogar, lleno de ternura por sus padres y delicadezas hacia sus hermanitas, adolescente ya, entró en el colegio Salesiano de Tunja en el año 1956. Allí conoció a Don Bosco, a María Auxiliadora, y se le comenzó a encantar el corazón con la misión juvenil de la congregación salesiana. Allí comenzó a soñar, como Don Bosco, a salvar jóvenes. Quería ser misionero: la fuerza y el espíritu evangelizador de Don Bosco le había invadido el corazón. En ese entonces la revista "Quieres ser Apóstol?" regaba luces de salesianidad por todos los rincones de Colombia. Hablaba, la hojita, a todos los muchachos que querían ser valientes, aguerridos, alpinistas de las montañas de Dios en seguimiento de Cristo y en pos de Don Bosco. El P. Tomás Martínez era el "Brujo de la Sabana", atraía a los muchachos como si fuera un imán, parecía que multiplicaba las vocaciones. El encuentro con el P. Martínez fué decisivo para Alfredo. Pidió ser admitido al noviciado el año 1959. El P. Maestro, que entonces era el P. Martínez, ayudó a hacer al joven novicio una obra maestra de la espiritualidad salesiana con la gracia de Dios. Ya se perfilaban las cualidades de Alfredo, sus dotes humanas, literarias, ascéticas, y su especial atención a la contemplación de Dios en la naturaleza, en la belleza, en el arte. Todo lo humano se enriquecía con lo divino. Era Alfredo un especial amigo y fiel servidor de todos; siempre sencillo, alegre y dadivoso con todos los que lo rodeaban. Quien lo conocía, no podía ya olvidarlo jamás.

En la casa salesiana de "Valsálce" —en Fusagasugá— hizo Alfredo su experiencia formativa del apostolado salesiano, que se llama el "tirocinio". Fué una entrega total a los jóvenes pobres de aquella región y un compromiso radical por servirlos desde el evangelio y según los principios y criterios salesianos heredados de Don Bosco. Alfredo amaba a los jóvenes, se desvivía por ellos, inventaba toda clase de recursos que les trajera alegría y amistad. Les conseguía trabajo y los acompañaba con cartas y consejos sabios y oportunos.

Su vocación había madurado en el surco diario de la práctica y su alma se había templado para la consagración definitiva mediante la profesión perpetua, que realizó el año de 1966. Cuatro años de estudio de la teología, de oración comunitaria, de apostolado parroquial, lo prepararon para la ordenación presbiteral que recibió el día 31 de octubre de 1970.

Alfredo fué siempre un sediento del Absoluto; sentía que su corazón estaba hecho para el Señor y que no reposaría mientras no fuera en Él. Definitivamente para Dios, para ofrecer y ofrecerse todos los días en sacrificio salvador, hasta la consumación definitiva. Ser sacerdote no es escalar una meta, coronar una carrera; es comenzar a servir desde Dios a todos los hombres, es perforar todos los días los terrenos de Dios y allí sembrar la salvación traída por Cristo. Es ser Padre, Maestro y Pastor en el servicio religioso y total de la propia vida por amor a Cristo y a los hombres especialmente a los jóvenes pobres y abandonados, porque así se es salesiano.

El P. Javier de Nicolás, fundador del programa de los "gamines", había invitado a Alfredo a acompañarlo en la entrega total a los muchachos pobres de la calle.

Alfredo no dudó un momento en descubrir ahí su mies, su labranza y sembrarse en esos surcos.

La entrega total de Alfredo en pro de los niños de la calle lo llevó a descubrir la validez y la actualidad del Sistema Preventivo de Don Bosco. Aportes nuevos y muy válidos se dieron en la experiencia pedagógica de la calle, en las "galladas", de las rondas nocturnas buscando a los jóvenes en sus "camadas". Esa juventud que ya Don Bosco había descubierto como en "peligro y peligrosa", pero a la que había que salvar mediante la pedagogía del corazón, de la gracia, de la amistad y de la familiaridad, fue para Alfredo la porción primera de su sacerdocio, de su salesianidad, de sus primeras siembras evangelizadoras. La confianza, el cariño, la sonrisa, la acogida amigable, son la moneda propicia para conquistar al que sufre, al que tiene hambre, al que no tiene techo, al que nadie le ofrece una mano amiga.

Todo lo que Alfredo había aprendido del Sistema Preventivo de Don Bosco —que no era un simple método, sino una experiencia de vida apostólica, espiritual, mariana, eucarística; de patio, de juegos, de excursiones, de amistad sana y equilibrada, de compromiso apostólico, de entrega pedagógica y educativa— lo vivió en el programa de los niños.

En el año 1974 se inauguró la casa de la "Florida", concebida como una "República de Muchachos". Una construcción hermosa de 32 casas para dormitorio de los niños, edificios para la administración, cocina, lavandería, escuelas, talleres. Todo un sistema de autogobierno. El P. Alfredo fué nombrado director de aquella obra que era un ensayo, un desafío, una posibilidad, pero fué igualmente un éxito, un triunfo de la confianza y la dirección dada a los jóvenes. . . Poco a poco la Florida fué dando jóvenes responsables, autodisciplinados.

Todos los salesianos que allí trabajaban, con Alfredo a la cabeza, pudieron constatar una vez más el éxito del sistema pedagógico de Don Bosco y lo que puede la consagración y la entrega generosa a los jóvenes; era todo un ensayo nuevo de pastoral juvenil.

Después de algunos años se entregó Alfredo al cuidado de los muchachos en San Carlos, otra casa, dada por la Inspectoría al Programa de los niños de la calle. San Carlos era una casa hermosa, llena de ilusión y de naturaleza, de cascadas bonitas y árboles enormes que testifican la belleza de la creación y el encanto de los campos. Allí se fraguan los diversos caracteres para el trabajo, para la reflexión, para la entrega y la ayuda mutua. Allí, ayudado por la hermana María, de la Presentación, el P. Alfredo y sus compañeros de trabajo, lograron hacer de San Carlos una casa de familia, llena de alegría, de afecto, de proyectos, de futuro juvenil.

En el año 1977 Alfredo viaja a Italia para profundizar sus conocimientos teológicos, para colocarle bases científicas a la experiencia ricamente pastoral y educativa que había realizado en el programa de los "gamines". En Roma se llena de amigos buenos y fieles, logra éxitos universitarios y enriquece su alma apostólica con todo lo bueno que le ofrece la Congregación, la Iglesia, Roma y otras ciudades de Europa,

que le enseñan tantas cosas, muy bien aprovechadas por la delicadeza literaria, poética y artística del joven sacerdote. A su regreso a Colombia, la obediencia le confió el cargo de la Pastoral Juvenil de la Inspectoría. Allí tenía un campo inmenso para sus ambiciones apostólicas, para su alma grande y abierta a todas las necesidades juveniles. Al mismo tiempo formaba parte del Consejo Inspectorial con la enorme responsabilidad de colaborar con el P. Inspector en la orientación y gobierno de la Inspectoría. Pero el corazón de Alfredo vivía y soñaba en cada corazón de los jóvenes pobres; había nacido para los niños del programa, pertenecía por vocación al ideal de los "gamines". . . Volvió a Acandí, volvió a contemplar su encanto —para él irresistible—. Volvió a cantar a los días bañados de luz que hermoseaban los ríos y sembraban ilusión en el corazón de cada uno de los jóvenes que habitaban allí y veían en Alfredo el misionero entregado a ellos. Y fué allí donde se citó con la muerte, con el mar, con el infinito. . . En los brazos inconmensurables del mar Atlántico se lanzó a la travesía de la eternidad, y es allá donde sigue esperando el triunfo de todos los jóvenes, el triunfo de la pedagogía del amor, de la gracia, del amor hecho servicio, hecho sacrificio, hecho himno de gloria y de esperanza.

Alfredo: como hijo, como hermano, como compañero, guía y amigo, te has llevado en tu partida "algo" de nosotros. Ante tu recuerdo difícilmente podemos permanecer indiferentes, ante tu testimonio de buen pastor, que fuiste capaz de dar la vida por las ovejas que te fueron encomendadas, nos sentimos indiscutiblemente interpelados. Sí, tú amaste la vida inmensamente y siempre gozaste de ella, viste el mal y trataste de corregirlo, viste el sufrimiento y trataste de detenerlo, viste la luz y trataste de esparcirla. Como hermano ya en la sangre, ya en la Congregación, ya en la fe, tu vida fue darte y compartir.

Como amigo lo eras del todo; te la jugabas al fondo. Encarnaste la máxima expresión del amor evangélico: "nadie ama más que aquel que da la vida por los hermanos". Y lo cumpliste!

Como compañero fuiste a la vez sacerdote, hermano, amigo.

Te has llevado algo de nosotros. Mucho nos queda de tí. Tu ejemplo nos entusiasma, tu testimonio enriquece nuestra vida, ilumina los caminos de nuestra misión.

Querido Alfredo, sigue velando por tus muchachos, bendice a todos los tuyos, alaba al Señor por tu vocación salesiana tan bien realizada. Implora ante la Auxiliadora bendiciones para tu Inspectoría; para el "Programa de los Gamines" ya que ellos serán tu mejor monumento de gratitud y amistad.

*P. Héctor J. López H.
Inspector*

Datos para el necrologio:

Sac. Gómez Alfredo: Nació el 14 de octubre de 1941 en Bogotá. Murió el 7 de abril de 1981 en Acandí (Chocó), a los 39 años de edad, 21 de profesión religiosa y 10 de sacerdocio.

ARTES GRAFICAS "CENTRO DON BOSCO"

Av. "ELDORADO" Cra. 66.

Bogotá Colombia